

CAPITULO V.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

Conjetura sobre estos nuevos cielos y nueva tierra.

§ 1. « PARECE algo mas que probable, que esta nuestra tierra, ó este globo terraqueo en que habitamos, no está ahora en la misma forma ni en la misma situacion en que estuvo desde su principio, hasta la gran época del diluvio universal. »

Esta proposicion bien importante se puede fácilmente probar con el aspecto actual del mismo globo, y con cuantas observaciones han hecho hasta ahora, y hacen cada dia los mas curiosos observadores de la naturaleza: mucho mas si este aspecto y estas observaciones se combinan con lo que nos dice la escritura sagrada.

Primeramente, la escritura nos dice que Dios antes de criar viviente alguno, cuando

todavía *terra erat inanis et vacua, sive invisibilis et incomposita*, hizo que las aguas que la cubrian toda (y que entonces eran mas que suficientes para cubrirla toda) se dividiesen en dos partes, ó iguales ó desiguales; que una parte de ellas, tal vez la mayor, subiese por esos aires, rarificada, mas sin dejar de ser parte de la misma tierra ó globo terraqueo, y se extendiese por todo lo que llamamos con verdad la atmósfera de la tierra, no solamente hasta donde pueden llegar las aves del cielo, y aun las nubes visibles (que parece es lo que el sagrado historiador llama *firmamentum in medio aquarum, quod dividat aquas ab aquis*), sino mucho mas allá de este firmamento; cuya altura y limites ninguno sabe hasta el dia de hoy, y la otra parte de las mismas aguas líquidas y pesantes, se congregase en un lugar determinado; á que se le dió el nombre de *maria* ó de *abyssus*, dejando libre y desembarazado todo lo demas y capaz de ser habitado: *Congregentur aquæ, quæ sub celo sunt, in locum unum: et appareat arida. Et factum est ita. Et vocavit Deus aridam, terram, congregationesque aquarum appellavit maria.*

Este lugar determinado que Dios les señaló entonces á las aguas inferiores, no hay razon alguna para decir ni aun para sospechar, que

lo dejasen naturalmente antes del diluvio universal, ni tampoco que lo dejasen por algun accidente grande y extraordinario del cual no consta, ni por la historia sagrada, ni aun siquiera por las fábulas de los Egipcios, ni de los Griegos. Con que podemos creer y asegurar prudentísimamente que las aguas inferiores se conservaron hasta el diluvio de Noé, sin mudanza alguna notable en el mismo lugar que Dios les señaló desde el principio. Esto supuesto, pasemos luego á observar la superficie de todo nuestro globo ó de nuestra árida, ahora habitada, y no solamente ahora, sino *ab antiquis diebus*, ó de tiempos inmemoriales.

El aspecto actual de esta superficie, y todos los descubrimientos de sus curiosos observadores, nos obligan á creer, sin poder racionalmente dudarle, que las aguas del mar ocuparon esta que ahora es árida, ó á lo menos una gran parte de ella, en otros tiempos muy anteriores; y esto no de paso, sino establemente por muchos siglos. ¿Por qué? Porque en todo ó casi todo lo que ahora se llama árida ó tierra habitable (exceptuando solamente los montes, que con razon llaman los físicos *primitivos*) se hallan á cada paso despojos claros y palpables de los vivientes del mar, no solamente en la superficie de la tierra,

ó á poca distancia, sino hasta 60 y 80 pies, y tal vez mas de profundidad: y esto no solamente en los valles ó tierras llanas, sino tambien en las colonias y montes secundarios, á los cuales se les da este nombre, porque parecen hechos despues accidentalmente, por el movimiento y concurso violento y confuso de diversas materias.

De este principio cierto é innegable, combinado con la historia sagrada, se sigue legítimamente, y se concluye evidentemente, que nuestro globo terraqueo no está ahora como estuvo en los primeros tiempos, ó en los tiempos de su juventud. Por consiguiente, que ha sucedido en él en tiempos remotísimos, respecto de nosotros, algun accidente, grande y extraordinario, ó algun trastorno universal de todas sus cosas, que lo hizo mudar enteramente de semblante; que obligó á las aguas inferiores á mudar de sitio; que convirtió *mare in aridam*, y tambien *aridam in mare*; que hizo formarse nuevos mares, nuevos rios, nuevos valles, nuevas colonias, nuevos montes; en suma, una nueva tierra, ó un nuevo orbe diversísimo de lo que habia sido hasta entonces. Este accidente no puede ser otro, por mas que se fatiguen los filósofos, que el diluvio universal de Noé: en el cual, como dice el apóstol san Pedro, *ille*

tunc mundus aquá inundatus perit : y como dice el mismo Cristo : *venit diluvium, et tulit omnes* (Mat., c. xxiv, y 39).

La misma causa general que produjo en todo nuestro globo un nuevo mar y una nueva árida, mudó tambien necesariamente todo el aspecto del cielo, quiero decir, no solamente el antiguo orden y temperamento de nuestra atmósfera, sino el antiguo orden y disposicion del sol, de la luna, y de todos los cuerpos celestes, respecto del globo terraqueo ¿ Qué causa general fue esta? A mí me parece (en la opinion que sigo) que no fue algun encuentro casual de nuestro globo con algun cometa (como han imaginado posible y aun fácil muchos sabios calculadores de nuestro siglo, como si ya supiesen todos los resortes de la máquina admirable del universo) sino la misma mano omnipotente y sapientísima, aunque invisible, del criador y gobernador de toda la máquina, el cual, indignado con toda la tierra, extremamente *corrupta, et repleta iniquitate*, la hizo moverse repentinamente de un polo á otro : quiero decir, inclinó el eje de la tierra 23 grados y medio, haciéndolo mirar por una de sus extremidades hácia la estrella que ahora llamamos polar; ó hácia la extremidad de la cola de la ursa menor.

Con esta repentina inclinacion del eje de la tierra se debieron seguir al punto dos consecuencias necesarias. Primera que todo quanto habia en la superficie del globo, asi líquido como sólido, perdiere su equilibrio : el cual perdido, todo quedase en sumo desorden y confusion, no menos horrible que universal : que todo se desordenase, todo se trastornase, todo se confundiese, cayendo todas las cosas unas sobre otras, y mezclándose todas entre sí : rompiéndose, como dice la historia sagrada (Gen., c. vii, y. 11) las fuentes del grande abismo ; rompiendo tambien el mar todos sus límites, y derramando sus aguas sobre lo que entonces era árida ó tierra. Acaso se dirá (y se dice por muchos en tono de victoria contra Moyses) que todas cuantas aguas hay en nuestro globo, no son suficientes para cubrirlo todo de modo que puedan exceder ó elevarse quince codos sobre los montes mas altos, como dice el historiador sagrado, que sucedió en el diluvio de Noé. Mas esto será no advertir á todo, sino solamente á una parte de lo que aqui se dice. No solamente se dice hablando de las aguas inferiores, líquidas y pesantes, que hay en nuestro globo : *rupti sunt omnes fontes abyssi magni*, sino tambien se añade inmediatamente, como una de las causas principales del diluvio univer-

sal : *et cataractæ cæli apertæ sunt : et facta est pluvia super terram quadraginta diebus et quadraginta noctibus* (c. vii, v. 11) ¿ Qué quieren decir estas últimas palabras ? Yo no me meto ahora (ni hace esto á mi propósito) en lo que han dicho ó pensado otros sobre este asunto particular. Como este es un asunto de mera opinion (cuando se trate solamente del modo, y no de la sustancia de lo que dice claramente la historia sagrada), cualquiera es libre para pensar sobre este modo, y proponer lo que ha pensado á los inteligentes.

Yo pienso pues (y esta es mi opinion) que lo que, en el cap. vii, v. 11 del Genesis, llama la historia sagrada *cataractæ cæli*, no es otra cosa que lo que en el cap. i, v. 6, llama *firmamentum in medio aquarum*; el cual firmamento *dividat aquas ab aquis*. En todo lo cual se me figura como una muralla *per similitudinem*, una como trinchera, ó como un limite, justo y preciso, que puso Dios en la atmósfera misma de nuestro globo, sin salir de ella : para que ni las aguas inferiores, esto es las que continuamente suben y bajan en la parte inferior y mas crasa de la atmósfera, subiesen mas arriba ni las superiores, extremadamente rarificadas, que ocupan un espacio sin comparacion mayor, pudiesen bajar mas abajo sin expreso mandato

del Criador. Asi considero, y me parece que veo en el globo que habito dos atmósferas : una alta solamente dos ó tres millas, y esta siempre crasa, turbia, confusa, llena de vapores salitros, sulfúreos, bituminosos, etc. : los cuales, mezclados con los vapores aqueos, suben y bajan perpetuamente : otra mas sutil, alta 300 ó 400 leguas (pues hasta esta distancia se han observado algunas auroras boreales), la cual goza de una suma quietud, claridad ó diafanidad, sin que lleguen á ella, ni perturben su quietud todas las turbulencias horribles y continuas de la parte inferior. Este *firmamentum in medio aquarum*, ó estas cataratas del cielo que dividen las aguas superiores de las inferiores, estuvieron cerradas absolutamente, como lo estan ahora, hasta el diluvio universal de Noé, en el que se abrieron por orden de Dios, y condensadas por el mismo orden ó mandato de Dios, las aguas superiores cayeron naturalmente por su propio peso, y ayudaron á las inferiores á cubrir enteramente todo nuestro globo, asi como lo cubrian al principio, antes que Dios dividiese las aguas de las aguas, que es todo lo que dice la historia sagrada. Los que han imaginado que al firmamento *in medio aquarum*, que divide las aguas de las aguas, es el firmamento del cielo, ó aquel espacio inmenso que ocu-

pan las estrellas fijas, parece cierto que se han engañado físicamente. En el sistema celeste antiguo no hay que esperar otras ideas. Tan cierto es que la mala física influye no pocas veces en la inteligencia poco justa de la escritura santa.

La segunda consecuencia que debió seguirse necesariamente de la inclinacion del eje de la tierra (sobre cuyo supuesto vamos hablando) fue que el círculo ó línea equinoccial, que hasta entonces habia sido una misma con la eclíptica, se dividiese en dos; y que esta última cortase á la primera en dos puntos diametralmente opuestos, que llamamos *nodos*, esto es en el primer grado de aries, y en el primero de libra. De lo cual resultó que nuestro globo no mirase ya directamente al sol por su ecuador, sino solamente dos dias cada año, el 21 de marzo y el 22 de setiembre: presentando siempre en todos los demas dias del año nuevos puntos de su superficie al rayo directo del sol. ¿Y de aquí qué resultó? Resultaron necesariamente las cuatro estaciones, que llamamos primavera, verano, otoño é invierno: las cuales á *diebus Noe, usque ad diem Domini*, han sido, son y serán la ruina de la salud del hombre, y como un castigo, ó pestilencia universal, que ha acertado nuestros

dias, y los ha hecho penosísimos, y aun casi insufribles.

¿Pues no habia antes del diluvio estas cuatro estaciones? No, amigo, no las habia, segun yo pienso y segun han pensado antes de mí algunos otros autores graves, religiosos y pios. (Véase entre otros al religiosísimo y elegante autor del espectáculo de la naturaleza, tom. VI, edicion de Nápoles Italiana, desde la pag. 255.) Es verdad que muchos otros no han querido adoptar esta opinion, pareciéndoles que el mundo debia haber estado siempre como está ahora; mas tambien es verdad que las razones que oponen son debiles, oscuras, inconcluyentes y tal vez prueban todo lo contrario. Como es un asunto físico de pura conjetura, no habrá mal alguno en seguir esta ó aquella opinion: *unusquisque in suo sensu abundet*. Yo soy de parecer que antes del diluvio no habia estas cuatro estaciones del año, que en lo presente son nuestra turbacion y nuestra ruina; sino que nuestro globo gozaba siempre de un perpetuo equinoccio. En esta hipótesi que no pienso ni puedo probar *ad evidentiam*, porque esto es sobre mis fuerzas y sobre mi propósito actual; en esta hipótesi, digo, todo me es fácil y me parece que lo entiendo todo; asi las observaciones de los na-

turalistas, como todo lo que leo en las santas escrituras.

En esta hipótesi, lo primero, todos los climas y aun todos los círculos paralelos al ecuador, aunque diversos entre sí, debia cada uno ser siempre uniforme consigo mismo; lo mismo en el mes de marzo que en el de junio; y lo mismo en este, que en septiembre y diciembre. Lo segundo, la atmósfera de la tierra, siendo en todas partes uniforme, debia en todas partes estar quieta, no cierto con aquella quietud que tiene el nombre de inercia ó de inmovilidad, como está quieto un peñasco ó un monte en el lugar que Dios le ha señalado; sino con aquella especie de quietud natural y respectiva, que compete á un fluido cuando no es agitado violentamente por alguna causa externa, que le obligue á perder su paz, su quietud, ó, lo que es lo mismo, su equilibrio; y cual equilibrio no impide, antes fomenta en todos los fluidos un movimiento interno, suave, pacífico y benéfico de todas sus partes. Lo tercero, en aquellos tiempos no habia ni podia haber naturalmente nubes horribles, densas, oscuras por el concurso y mezcla de diversos vapores y exhalaciones de toda especie; no habia frotamento violento de una con otras por la contrariedad de los vientos; no se encendia en este frotamento el fuego

eléctrico; por consiguiente no habia aquellas lluvias gruesas, ni aquellos truenos, ni aquellos rayos que ahora nos causan tanto pavor, y no solo pavor, sino daños y ruinas reales y verdaderas, así en los habitantes de la tierra, como en todas las obras de sus manos.

De aquí resulta y debia resultar naturalmente que las costipaciones, las pestilencias, las enfermedades de toda especie, que ahora son sin número, eran entonces ó pocas ó ningunas, y que los hombres y aun las bestias, vivian naturalmente diez ó doce veces mas de lo que ahora viven, muriendo de pura vejez despues de haber vivido sanos y robustos, unos 700, otros 800, y algunos mas de 900 años, como consta de la historia sagrada, esto es de la única historia auténtica que tenemos de aquellos tiempos.

§ 2. Volvamos ahora dos pasos atras. San Pedro en el lugar citado dice expresamente que aquel antiguo mundo antediluviano *aquá inundatus periiit*; y que este presente, que le sucedio y entró en su lugar, perecerá (del mismo modo y en el mismo sentido) por el fuego. *Celi autem qui nunc sunt, et terra, eodem verbo repositi sunt, igni reservati*; de aquí se sigue legítimamente, lo primero: que del mismo modo y en el mismo sentido

verdadero , en que aquel antiguo mundo pereció por el agua , este presente perecerá por el fuego. Se sigue legitimamente , lo segundo , que asi como aquel antiguo mundo no pereció en lo sustancial , sino solamente en lo accidental , esto es se deformó horriblemente mudándose de bien en mal , y apareciendo despues del diluvio , como otro mundo nuevo diversísimo del antiguo , ó como aparece un hombre despues de una larga enfermedad , asi este mundo que ahora es tampoco perecerá en lo sustancial por el fuego , sino que se mudará solamente del mal en bien , recordando por este medio su antigua sanidad , y volviendo á aparecer , tal vez con grandes mejoras , con toda aquella hermosura y perfeccion con que salió al principio de las manos de su criador. Esta última consecuencia os parecerá á primera vista poco buena y aun positivamente ilegítima y mala ; mas si quereis hallarla buena y óptima , considerad las palabras que se siguen inmediatamente en el mismo texto de san Pedro : *Novos verò caelos , et novam terram , secundum promissa ipsius , exspectamus , in quibus justitia habitat.*

Con que los nuevos siglos y nueva tierra , ó el mundo nuevo que esperamos despues del presente , debe ser sin comparacion mejor que el presente , y esto no solamente en lo moral ,

sino tambien en lo físico y material. En lo moral , porque en él habitará la justicia : *in quibus justitia habitat* ; las cuales palabras generales no se pueden decir con verdad ni del mundo presente ni mucho menos del antiguo. Tambien en lo físico y material , porque el mundo nuevo que esperamos , lo esperamos segun las promesas de Dios ; y estas promesas que solo constan del capítulo LXV de Isaías , hablan expresa y claramente de una bondad moral , y tambien física y material.

Esta gran mudanza que esperamos de nuestro mundo presente de mal en bien , me parece á mí , segun mi sistema , que debe comenzar por donde comenzó en tiempo de Noé , de bien en mal. Quiero decir por la restitution del eje de la tierra á aquel mismo sitio donde estaba antes del diluvio , ó lo que es lo mismo por la union de la eclíptica con el ecuador ; sin la cual union ó identidad , asi como no puede haber un perpetuo equinoccio , asi no pueden faltar las cuatro estaciones del año , las cuales estaciones son enemigas perpetuas é implacables de la salud del hombre. Por consiguiente no se concibe alguna felicidad natural , grande , extraordinaria y digna de una nueva tierra y nuevos cielos. No se halla como puedan entonces volver naturalmente , sin un continuo milagro , las

vidas largas de los hombres, que se acabaron con el diluvio; ni como puedan verificarse tantas otras cosas admirables y magníficas, que sobre esta felicidad natural, acompañada ya de la justicia, se leen frecuentemente en los profetas de Dios. Al contrario, si el perpetuo equinoccio vuelve á nuestra tierra, desterradas para siempre las cuatro estaciones enemigas, todo queda llano y facilísimo de concebirse y explicarse.

§ 3. Lo primero que se comprende al punto, en esta hipótesis, es los anuncios terribles, que para el día grande del Señor, se hallan á cada paso en los profetas, en los salmos, en los evangelios, en los escritos de los apóstoles y en el Apocalipsis. Todos estos anuncios concuerdan entre sí y concuerdan perfectamente con la hipótesis misma. Para ver con los ojos esta concordancia, imaginemos por un momento que ahora en nuestros días sucede esta inclinacion del eje de la tierra, necesaria para que la eclíptica y la equinoccial se unan entre sí y formen una misma línea individual; imaginemos tambien, pues somos dueños de nuestra imaginacion, que desde cierta altura competente y segura (sea la que fuere) observamos con buenos telescopios todas las cosas particulares que suceden aquí abajo de resulta natural y forzosa de la union de

estas dos líneas ó círculos máximos, que ahora se cortan mutuamente, y producen en este corte oblicuo las cuatro estaciones enemigas.

En este caso que suponemos repentino y violento (no con suposicion libre y arbitraria sino fundada como luego veremos), en este caso, digo, deben seguirse naturalmente todas estas consecuencias anunciadas en la escritura de la verdad. Primera: que nuestra tierra ó nuestro globo, moviéndose de polo á polo, se mueva realmente de su lugar: pues esto es lo que se lee en Isaiás (capítulo XIII, v. 13): *Super hoc cælum turbabo: et movebitur terra de loco suo, propter indignationem Domini exercituum, et propter diem iræ furoris ejus.* Y en el capítulo XXIV, v. 19, dice: *commotione commovebitur terra..., sicut ebrius..., et gravabit eam iniquitas sua.*

Segunda consecuencia: que moviéndose la tierra violentamente de un polo á otro, piensen todos sus habitantes que los cielos ó todos los cuerpos celestes, sol, luna, planetas y estrellas, se muevan con la misma violencia ó ligereza en sentido contrario. Esta apariencia ó ilusion es tan frecuente como natural: los que navegan con buen viento, á vista de alguna tierra ó peñaseco, ó nube fija é inmovil, se figuran que su navio ó barco está

quieto en un mismo lugar, y que los otros objetos que tienen á la vista son los que se mueven hácia el rumbodiametralmente opuesto. Pues esto es lo que se lee en el texto de san Pedro, tantas veces citado : *Adveniet autem dies Domini ut fur : in quo cæli magno impetu transient.* Esto es lo que se lee en el Apocalipsis (capítulo vi, v. 14) : *Et cælum recessit sicut liber involutus.*

Tercera consecuencia : que moviéndose la tierra violentamente de un polo á otro, se turbe y oscurezca horriblemente toda nuestra atmósfera, y que esta turbacion y mezcla de tantas partículas eterogéneas, que nadan en ellas, nos impida por entonces el aspecto libre de los cuerpos celestes : no como lo hacen ahora las nubes (las cuales aunque sean densísimas, siempre dejan pasar muchos rayos de luz, suficientes para distinguir el día de la noche); sino de otro modo insólito é infinitamente mas horrible, que sin ocultarnos del todo estos cuerpos celestes, nos los hagan aparecer ya negros, ya pálidos, ya sanguíneos, produciendo en nuestra superficie otra especie de oscuridad muy semejantes á las tinieblas de Egipto, de quienes se dice en el libro de la sabiduría (capítulo xvii, v. 5) : *nec siderum limpidæ flammæ illuminar epoterant illam noctem horrendam.* Pues

esto es lo que se anuncia en Isaías (capítulo i, v. 3) : *Induam cælos tenebris, et saccum ponam operimentum eorum.* Esto es lo que se anuncia en Zacarias (capítulo xiv, v. 7) : *Et erit dies una, quæ nota est Domino, non dies neque nox : et in tempore vesperi erit lux.* Esto es lo que se anuncia en el Evangelio (Luc., capítulo xxi, v. 25) : *Et erunt signa in sole, et lunâ, et stellis, et in terris pressura gentium.* Esto es lo que se anuncia en el Apocalipsis (capítulo vi, v. 12) : *et ecce terræ motus magnus factus est, et sol factus est niger tanquam saccus cilicinus, et luna tota facta est sicut sanguis.*

Cuarta consecuencia : que moviéndose la tierra violentamente de un polo á otro, todas cuantas cosas se hallan en su superficie, pierdan su equilibrio, el cual perdido, todas caigan unas sobre otras confusa é irremediablemente, asi como sucedió en los días de Noé. Pues esto es lo que se anuncia en Isaías (capítulo xxx, v. 25) : *in die interfectionis multorum cum ceciderint turres.* Esto es lo que se anuncia en el Apocalipsis (capítulo xvi, v. 19 y 20) : *et civitates gentium ceciderunt... Et omnis insula fugit, et montes non sunt inveni.*

Quinta consecuencia : que moviéndose la tierra de un polo á otro, pierdan tambien su

equilibrio, por la misma causa general, las aguas del mar; el cual perdido, se alboroten, se conturben, se derramen sobre muchos lugares, de lo que ahora es árida, y espanten con sus bramidos horribles aun á los que se hallan distantes de sus playas. Pues esto es lo que se anuncia expresamente en el evangelio (Luc., cap. xxi, y. 25): *et in terris pressura gentium, præ confusione sonitus maris et fluctuum: arescentibus hominibus præ timore, et exspectatione, quæ supervenient universo orbi.* No hay que temer por esto que suceda en nuestra tierra otro diluvio de agua, como el de Noé. Para este, como ya dijimos, no bastó que se rompiesen las fuentes del grande abisma, ó que las aguas del mar se derramasen sobre la árida; fue necesaria demas de esto una lluvia continua de cuarenta dias y cuarenta noches; fue necesario que se abriesen las cataratas del cielo, y que las aguas superiores bajasen por orden del Omnipotente y ayudasen á las inferiores á cubrir enteramente la tierra, lo cual no sucederá otra vez, segun la promesa, expresa y clara del mismo Dios.

Sexta consecuencia: que moviéndose la tierra violentamente de un polo á otro, no solamente se conturbe toda la atmósfera, se enturbie, se oscurezca por la multitud de vapores y exhalaciones de toda especie, como

vimos en la tercera consecuencia; sino que mezclándose estas entre sí, y chocando violenta y confusamente las unas con las otras, exciten con este frotamento el fuego eléctrico y produzcan por consiguiente una prodigiosa multitud de rayos, los cuales consuman y conviertan en ceniza la mayor y máxima parte de los hombres, y de las obras de sus manos. Pues esto es lo que se anuncia frecuentísimamente en las escrituras. Esto es lo que se lee en el salmo XVII: *Et in tonuit de cælo Dominus, et Altissimus dedit vocem suam: grando et carbones ignis. Et misit sagittas suas, et dissipavit eos: fulgura multiplicavit, et conturbavit eos.* Esto es lo que se lee en el salmo XCVI: *Ignis ante ipsum præcedet, et inflammabit in circuitu inimicos ejus. Illuxerunt fulgura ejus orbi terræ: vidit, et commota est terra.* Esto es lo que se lee en el Evangelio (Mat., xxiv, y. 29), cuando se dice: *et stellæ cadent de cælo*, las cuales palabras, segun yo pienso con otros muchísimos, no pueden tener otro verdadero sentido. En fin, esto mismo es lo que se lee en el Apocalipsis (capítulo vi, y. 13): *Et stellæ de cælo ceciderunt super terram, sicut ficus emittit grossos suos, cum à vento magno movetur:* y por temor de estas estrellas metafóricas, prosigue san Juan, se esconderán los hombres, aun los